

D

EL DOMINICAL DE LA PROVINCIA/DLP

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13

4 | 5

Juan Carlos I,  
el rey que supo  
irse a tiempo

6 | 7

Manuel Pimentel:  
"Pepe Mel es un  
novelista excelente"

9 |

Lecciones desde la  
escuela al revés con  
la Academia Khan

# En las manos del PASTOR de Guinate

A sus 85 años Emilio Quesada, el guardián de Famara, repasa la historia familiar paterna de la que heredó el amor y el respeto por el Risco

# El guardián de FAMARA

Emilio Quesada heredó de su padre el amor y el respeto por el Risco. Juntos atravesaron sus veredas, salvaron la vida de cazadores confiados y siempre creyeron que a esta montaña poderosa jamás había que perderle la mirada

CONCHA DE GANZO

El Risco de Famara es como una ballena varada, una ballena voraz, de esas que puede tragarse a caminantes, a cazadores expertos que pierden el equilibrio, y entonces caen en sus fauces para no regresar jamás. Emilio Quesada aprendió de su padre, don Emilio, el pastor de Guinate, la necesidad de conocer bien las entrañas de este gigante hermoso y sin alma. Los dos, en silencio, recorrieron sus veredas, a veces descalzos, o con aquellas soletas que en su casa se hacían con retales de goma. También en esto era un experto, el pequeño Emilio se quedaba maravillado viendo cómo su padre era capaz de recortar aquel pedazo de neumático y acomodarlo hasta que se transformaba en la suela de sus alpargatas de escalador.

Entonces, Lanzarote era una tierra áspera y dura. Resultaba muy complicado salir adelante. Los hijos pequeños de la mayor parte de las familias tenían que trabajar para sobrevivir. Emilio Quesada, que ya cumplió los 85 años, se acuerda de llevar a rastras aquellas latas vacías de cinco litros de aceite para llenarlas con agua en alguno de los pozos cercanos. Y antes de ir a la escuela en Yé, los pocos años que pudo ir, tenía que alimentar a las cabras que mantenían en un corral próximo a la vivienda.

A pesar de aquellas carencias, este pastor jubilado considera que su familia tuvo suerte, “nosotros podíamos desayudar leche y gofio, y cuando iba al Risco a cuidar de las cabras me llevaba un zurrón con pejines y algún higo pasado, eso no lo tenía todo el mundo”.

Desde los cinco años tuvo que ayudar con el ganado, en las labores del campo y también aprendió a bajar hasta la playa que hay debajo del Risco de Famara y ponerse a mariscar.

Trabajó en varias fincas de Guinate, Máguez, “toda esa tierra la conozco muy bien, había que trabajar mucho para salir escapando, como pasaba en aquellos años”.

Los Quesada llegaron a ganarse una buena fama como excelentes conocedores del terreno, dominando el entramado de la montaña como pocos. Sabían cómo llevar el ganado por lo más escarpado del Risco y regresar con todos los animales. También demostraron su arte con la pesca. Emilio se acuerda de saltar sobre las piedras lisas detrás de las juyonas, los cangrejos más inquietos del planeta, con los que mejor se coge la vieja. Otras muchas veces debía permanecer horas con los pies metidos en los charcos de la orilla detrás de la carnada mansa, unos cangrejos menos nerviosos y que también se empleaban para llenar la cesta con estos sabrosos pescados.

Ahora, desde su casa de Tegui, sonríe con aquellos recuerdos, con la destreza que hay que tener para llenar un bote de cristal o un cubo con unos animales tan espabilados, “como saltaban”, dice, “era muy difícil ir por la orilla detrás de las juyonas, brincaban de piedra a piedra”.

Emilio Quesada Acosta se acuerda mucho de su padre, de lo que le enseñó, y las aventuras que corrieron juntos como aquella vez que tu-

vieron que ayudar a los guardias, incapaces de localizar el rastro de un cazador de Haría, que llevaba horas perdido.

## El cuerpo de Rafael

Por la casa de los pastores de Guinate podían tocar a casi cualquier hora. Un vecino preocupado porque su hijo no había regresado aún del Risco o la Guardia Civil que reclamaba su colaboración para resolver algún caso dramático.

Entonces, el padre, Emilio Quesada González apenas hacía un gesto, no eran necesarias las palabras, miraba de reojo a su hijo, y los dos salían de la casa, camino del Risco de Famara con el palo de pastor de cabras como único aliado, y algún saco en el hombro.



Emilio Quesada González junto a su mujer, Antonia, en una imagen del álbum familiar. (●) | L.Q.

La noche que se perdió Rafael fue una jornada larga y oscura. Por más vueltas que dieron no terminaban de localizar a este vecino: “era una persona conocida de la zona”, dice Emilio, “se había metido con el burro por el Risco, estaría buscando yerba para los animales y quizás se puso a cazar pardelas. Entonces no estaba prohibido”.

La pareja de guardias civiles siguió los pasos de los pastores hasta que se hizo tan tarde que decidieron dejar la búsqueda para el día siguiente: “mi padre les dijo a los guardias que él no podría acompañarlos, porque tenía que atender a los animales pero que yo sí podía ir, y así lo hice”.

Muy temprano los guardias volvieron a buscar al pequeño de los Quesada para que sirviera de guía en aquel entramado de pendientes y recovecos. Esta vez fueron por el barranco de Haría, por la vereda de los lomillos, hasta que a lo lejos divisan un bulto que podría ser el cuerpo del vecino. A pesar de los años transcurridos, don Emilio Quesada Acosta vuelve a sentir aquel escalofrío, “se había caído del Risco y tuvo que caer de cabeza, porque no se le reconocía la cara. El cuerpo parecía una pelota. Cuando lo fuimos a buscar, me acompaña-

ron otros dos vecinos, no sabíamos cómo traerlo, le quitamos la alforjas al burro que estaba cerca y lo metimos dentro”.

Fue un rescate duro y complicado. Por un lado la sensación amarga de encontrar de aquella forma a una persona y después que la vereda era tan estrecha que tenían que ir uno detrás de otro, lo que añadió dificultad al traslado del cuerpo de Rafael hasta Haría.

El último risquero de Famara reconoce que la mayor parte de cazadores o excursionistas que se perdían por aquellas laderas y tenían la mala suerte de caerse terminaban por perder la vida, “la montaña no perdona”, sentencia Emilio Quesada.

Después advierte que ya hace años que dejó de ir por allí, “como ya no tengo bien las piernas, para que voy a ir, si ya no puedo”. Lo dice y suena a desconsuelo, como si aquel trabajo rutinario y lleno de peligros se hubiera transformado en su mayor placer. Recorrer las entrañas de Famara como le enseñó su padre, aferrado a su bastón de pastor de cabras se difumina con los años en una densa nebulosa, un sueño que lo acerca a la vida, a esa que aprendió de la mano de un maestro ejemplar.

Precisamente para reconocer la labor desempeñada por la familia Quesada, el Ayuntamiento de Haría realizó hace unos meses un homenaje en el que se valoró el trabajo y la solidaridad demostrada por estos vecinos del norte de Lanzarote. Una tarea que se perderá en el tiempo, como tantos otros oficios vinculados con la tradición y la naturaleza.

## El pastor de Guinate

El padre de Emilio Quesada fue un reconocido pastor de cabras, famoso en Haría por la manera tan espectacular que tenía de brincar por las laderas, aferrado a su palo de cabrero.

Cuenta el historiador lanzaroteño Jesús Perdomo que en Haría existe un lugar en el que la tradición y la naturaleza se dan la mano: Guinate. Un caserío alejado, que vive tan cerca del Risco que por las noches casi se siente el ronquido estruendoso del viento que golpea las casas. La brisa encrespada sube rabiosa por las laderas y le da ese toque entre lo mágico y lo taciturno que tanto atrae de esta parte de Haría.

Y en este lugar acostumbrado a mirar de frente al Risco de Famara creció y se hizo pastor de cabras, Emilio Quesada González. Cuentan los que lo conocieron que desde muy joven se metía con sus cabras por cualquier vericuetto de la montaña y así se consagró como uno de los mejores risqueros de la zona.

Sobre todo destacó por el manejo que hacía del palo de pastor. Llegó a competir con otros cabreros para llegar a averiguar quién brincaba más lejos, quién volaba más alto. Don Emilio no tuvo rival y esa pasión por el Risco y por la mejor manera de cruzarlo se la transmitió a su hijo.

Jesús Perdomo, en una de sus crónicas, cuenta que este pastor logró bajar desde el Risco en la zona de Guinate a las llanuras de la costa, todo el acantilado, en cuatro minutos. Una proeza que don Emilio le contó al periodista Antonio Cardona Sosa, en el *Diario de Las Palmas*, y que apareció publicado el 25 de marzo de 1978. En esa época, este famoso risquero tenía 72 años de edad y había logrado esa marca de campeón.

El padre de Emilio Quesada Acosta pertenecía a esa generación de hombres sabios. De esos que no saben leer ni escribir, pero seguramente acaban por ser una de las personas más sabias de este mundo. El sabía, por ejemplo, que las cabras son muy ‘extrañonas’, por eso hay que apartarse de ellas, y mirarlas de reojo, casi a escondidas, para que no se espanten. También sabía cuándo rompería a llover y cuándo soplaría con más fuerza el viento. El del sur y el del norte. Sabía ordeñar y estar todo un día lejos de casa, sin miedo a estar solo, sin miedo a poder estar desde el amanecer hasta el ocaso mirando al horizonte y sintiendo como caía la tarde, sin más.



Emilio Quesada Acosta posa con su palo de pastor, en Guinate. (●) | LUISA STINGA